

Fiesta de la EXALTACION DE LA SANTA CRUZ y comienzo del Año Jubilar de la Cofradía del Cristo de la Vera Cruz

Catedral de Cádiz. 14 sept 2015

Queridos hermanos, Cabildo Catedral, Ilmos. Sres. Vicarios y Sr. Deán, hermanos cofrades, Hermandad de la Vera Cruz:

Nuestra Catedral celebra su fiesta y la Hermandad del Cristo de la Vera Cruz inaugura el Año Jubilar, concedido por el Santo Padre, por su 450 aniversario fundacional. Bajo el signo de la Santa Cruz “Cristo ha padecido la muerte para bien de todos; y ha llevado una multitud de hijos a la gloria” (Heb 2,9s).

La fiesta de la Santa Cruz que celebramos el 14 de septiembre nos da la pauta cada año para comenzar nuestro curso bajo el signo de la Cruz, en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, bajo el signo de la Santa Cruz. Recibimos todos la invitación a vivir más unidos a Cristo compartiendo sus sufrimientos y revestidos de sus sentimientos, porque “sin mí no podéis hacer nada” (Jn 15,5). La mirada a Cristo crucificado nos da la perspectiva nueva de mirar este mundo dolorido con otros ojos, con ojos de misericordia sanadora.

Celebramos, pues, la Cruz gloriosa, el trofeo de la victoria de Cristo que “se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo. ... Por eso Dios lo levantó sobre todo” Decimos, por tanto, que “al nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo y en la tierra” (Filp 2. 6-11).

En la Cruz está nuestra salvación. Vemos que ese leño seco ha florecido. Vemos que la aspereza de la vida está suavizada por la esperanza de un fruto de vida eterna, que ya comienza en esta vida. Nos encontramos con el triunfo de Cristo, el Amor que vence al mundo. La Santa Cruz es el *sufrimiento vivido con amor*, y nos lleva a asumir los trabajos de cada día con esa dimensión más profunda, la dimensión redentora. La Santa Cruz nos abre un horizonte lleno de esperanza, porque nos habla de una eficacia que no viene de nuestras obras, sino de la fuerza redentora de la muerte y resurrección del Señor. Cuando adoramos, abrazamos y besamos la Cruz de Cristo, en el día de su muerte redentora, no estamos haciendo un teatro. Estamos, pues, reconociendo y adorando hoy un misterio que nos desborda y que al mismo tiempo nos abraza con amor; estamos haciendo un acto de aceptación de que en este misterio está la salvación del mundo.

Sí, mirando la Cruz de Cristo, somos curados de tantos egoísmos que nos encierran en nosotros mismos y nos alejan de Dios y de los demás. Mirando la Cruz de Cristo, somos elevados a otro nivel en el que aprendemos a dar la vida, como hizo Él. Llamados a compartir la muerte de Cristo quisiéramos decir con San Pablo: “Estoy crucificado con Cristo” (gal 2,19), pues los “sentimientos de Cristo (fil 2,5), han de ser los nuestros, y sintonía con nuestra iluminación interior. Mirando la Cruz de Cristo, nos sentimos movidos a compartir el sufrimiento solidariamente con quienes tienen más necesidad que nosotros. A nadie le gusta sufrir, ni en carne propia ni al verlo en su alrededor. Sin embargo, la mirada a Cristo crucificado nos da

la perspectiva nueva de mirar este mundo dolorido con otros ojos, con ojos de misericordia sanadora. Jesús nos enseña que la vida es donación de uno mismo. La Cruz es escuela de donación.

Son tantos los sufrimientos en los que nos vemos envueltos constantemente, es tanto lo que la gente sufre --a poco que nos pongamos a escucharles--, que no tenemos capacidad ni siquiera para ser solidarios, si no fuera por la Cruz de Cristo. Pensemos en el éxodo de miles de refugiados, que atraviesan los caminos de Europa en busca de una situación mejor para ellos y para sus hijos, aunque son muchos más los que no se ven, los que han tenido que dejar su patria porque es imposible construir el futuro para sus hijos en ella. Pensemos en las guerras, en los intereses de las grandes naciones, en el egoísmo acumulado de nuestra propia indiferencia, que van creando como un ambiente enrarecido y contaminado en el que apenas podemos respirar. Pensemos hoy en los necesitados y empobrecidos que nos rodean.

Hermanos: La Cruz nos eleva de nivel y nos da capacidad para transformar el mundo con los criterios del Evangelio, a amar hasta dar la vida. La Santa Cruz es, para el cristiano que ama, medicina, pedagogía del amor, escuela de vida. Necesitamos la Cruz de Cristo que convierte el sufrimiento propio en esperanza y el sufrimiento ajeno en ocasión de solidaridad fraterna. Es posible construir un mundo mejor, más justo y más fraterno, gracias a la Cruz de Cristo, porque Él ha cargado con nuestros dolores y sus cicatrices nos han curado.

Junto a la Cruz de Jesús está siempre su madre María. No estamos solos en esta aventura de la vida. Tenemos una madre, que nos acompaña, nos consuela y nos anima continuamente. La Virgen de LA SOLEDAD (la de los Dolores) es la que vive junto a su Hijo y a cada uno de sus hijos que sufren. Con su presencia maternal y su intercesión nos ayuda a perseverar en el amor de su Hijo.

La locura de la Cruz da la felicidad a quien ama a Cristo locamente, como los santos. ¡Ojalá amásemos a Cristo con la locura de los santos! Como han amado los mártires, confesores, vírgenes, pastores, con fecundidad martirial, que es la fuerza en la debilidad, como el grano de trigo que cae en tierra y muere. Es así la vida cristiana, la fuerza en la debilidad: "Todo lo puedo en Aquel que me conforta" (Flp 4, 13). El camino de la perfección y de la misión está marcado por la cruz, hasta morir amando y perdonando, pues, "ya muramos, ya vivamos, pertenecemos al Señor" (Rm 14,8). Como recuerda San Pablo, "predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos y necedad para los gentiles, pero, para los llamados por Dios, fuerza de Dios y sabiduría de Dios" (Cor 1,24).

Con el amor a la cruz del Señor pasaríamos inmediatamente del pesado cumplimiento de nuestras obligaciones domesticas o religiosas a un amor diligente y magnánimo que abraza la voluntad de Dios. Necesitamos, por tanto, "saborear" la cruz para aprender a amar y adorar, pues "tanto amó Dios al mundo que envió a su Hijo ara que el mundo se salve por él" (Jn 3, 17).

Queridos Hermanos del Cristo de la Vera Cruz y gaditanos todos: vuestro Jubileo que comienza hoy se une al del Año Teresiano y se insertará en el Jubileo de la Misericordia. Que la Puerta Santa abierta en el convento de San Francisco sea un tránsito para la conversión y el perdón, para la purificación y la gracia de Dios, para la renovación espiritual y para un aliento permanente de misericordia con los necesitados y de nueva evangelización. Pidamos al Señor, como dice la oración del Año Jubilar: “Por tu Cruz rompe los vínculos de nuestros pecados, líbranos de todo mal y llénanos de virtudes, purifícanos de deseos mundanos...”

Detrás del velo de la fe está Jesucristo vivo, el resucitado que nos ama infinitamente. Con el la cruz es luminosa, pues es Cristo Esposo quien murió en ella por amor. Si nos abandonamos con confianza en el su amor nos encontrará y llenará de gozo eterno. Digámosle: Gracias, Señor, por tu Cruz gloriosa: “Tu eres digno de recibir el honor, la gloria, el poder, porque con tu sangre compraste para Dios a hombre de toda raza lengua y nación, y has hecho un reino de sacerdotes y reinan sobre la tierra” (Ap 4, 10-12).

¡Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos por que con tu cruz has redimido al mundo!